

# FLORES DESDE LA ALTURA

*Heraldo de Cuba junio 20/21*

Desde el Goliath Mariana fueron lanzadas flores y coronas sobre el féretro y el cortejo fúnebre que acompañó hasta el cementerio el cadáver del general Gómez.

El Mariana fué el escogido para efectuar en él el vuelo acordado por el Ayuntamiento habanero. Un vuelo pocas veces realizado en acontecimientos análogos.

Flores y coronas cayeron en las avenidas por donde cruzó el sepelio y en la ciudad silenciosa en que ya descansa el cuerpo del patriota. Ofrenda digna de los tiempos homéricos. El pueblo regaba desde el espacio, por mediación de sus concejales, las flores de la admiración al guerrero, al ciudadano, al estadista.

Ningún homenaje tan digno y puro como el de las flores. Son fragantes, alegres, y en su alegría y su perfume no se simboliza únicamente el regocijo; también representan la más delicada expresión de todos los sentimientos: galantería a la amada, ofrenda en la tumba, belleza en las fiestas.

Las flores regadas ayer desde los aeroplanos significan algo tan importante como una consagración, como una apoteosis al caudillo, al conductor de muchedumbres que se va de la vida llorado por todo el pueblo.

La tarde clara, espléndida, llena de sol. El sol, de domingo, de fiesta. En la atmósfera clara no había el menor indicio de la pena, del dolor de todos.

A veces la naturaleza parece identificarse con el pesar de los hombres. Ayer no. Diáfana y riente fué la tarde en que la Habana y muchas representaciones de la nación asistieron sobrecogidas al último paso por nuestras avenidas del gran cubano que ha muerto.

Quiere el periodismo recoger todos los aspectos de la actualidad. Y un acontecimiento tan importante al que debía concurrir una muchedumbre incontable, como era el sepelio del general Gómez, requería la visión periodística desde la altura.

La aviación ha sido un elemento de guerra. Ahora lo es de recreo y de utilidad para el transporte de personas, correspondencia y carga. También es elemento de información periodística. Con el aeroplano es difícil que escapen a la mirada reporteril las impresiones de conjunto de algún suceso público. Y el periódico servirá satisfactoriamente a sus lectores dándole todos esos aspectos, que tienen sabor pintoresco y que siempre son buscados con avidez.

El Goliath Mariana estaba en su depósito. Inmóvil, seguro en la tierra, el monstruoso avión permanecía quieto en el hangar. El aviador Monterolfe, "El Precavido", preparaba el vuelo. Los directores de la Compañía Aé-

rea Cubana daban las disposiciones finales. Todo estaba listo. Sólo faltaba que llegara la hora anunciada para la salida del entierro del general Gómez.

En el hangar se habían presentado los concejales señores Miguel A. Cisneros, Pedro Pablo Soldevilla y Enrique Fernández Fuertes, y los periodistas Luis Rodríguez Lamuit, Andrés Núñez Parra y Enrique Gay Calbó. Iban a volar también algunos empleados del Ayuntamiento, portadores de los ramos y las coronas.

Todo previsto, bien examinado por el aviador, consciente de su responsabilidad: la gasolina, las hélices, el motor. La perfecta maquinaria se hallaba en excelentes condiciones. La escrupulosidad de la compañía estaba satisfecha.

Preparaban también otros vuelos, en pequeños aeroplanos, los aviadores Rafael de Zaldo, Lyman B. Lockwood, Agustín Parlá y Abelardo Vilches. Querían ellos contribuir a la apoteósica misión de regar flores en el camino de la definitiva residencia del general Gómez.

Por la carretera cercana los automóviles que pasan se detienen. La curiosidad de sus tripulantes hace que algunos lleguen hasta el lugar de las maniobras, y la salida de los aparatos es contemplada por ojos lindos de mujer que admiran las evoluciones del avión y que abarcan reverentes el espectáculo hermoso del dominio completo de los aires. Hay en las miradas femeninas pasión, conocimiento del peligro, y cada uno de los pasajeros y de los aviadores se sienten dentro de la aureola de valor que toda mujer supone a los que vuelan. Y ese tributo de admiración halaga, envanece. Por nada se volvería atrás el viajero que momentos más tarde irá en una frágil armazón, a merced de la suerte y de lo desconocido.

Conducida la pesada máquina hasta el gran terreno, el aviador en su puesto, en movimiento los motores, corrieron las ruedas largo rato sobre la llanura y se elevó el Goliath con un estremecimiento.

Fué inefable la sensación de vacío, de desprendimiento de la tierra. Maravilloso el espectáculo: debajo, las palmeras cada vez más insignificantes, las manzanas de casas, cuadros pequeñísimos, las calles como cintas oscuras; y allá lejos el mar, lo único grande, infinito, impresionante. La inmensa llanura verde azul de brillantez magnífica y de cambiantes no interrumpidos, parecía bajo el sol un panorama de inexpresable grandeza.

Hacia la ciudad, que se veía tan pequeña como sus luchas, sus pasiones, sus miserias, fué el avión...

2

Aquello era ayer por la mañana el Presidio. Por la tarde se había trocado en una montaña viviente, en un hormiguero de humanidad curiosa. Bajábamos un poco para ver el espectáculo humano y no como habíamos visto el natural, que al hombre hay que mirarlo de cerca para conocerlo y hasta amarlo. En algunos momentos se distinguía con muchos detalles la muchedumbre que esperaba, los balcones enlutados, las azoteas inundadas de gente, las calles repletas.

El Goliath subía y el vuelo era ya más uniforme porque evadía los "cajones de aire" de las bajas alturas. Es una sensación poco grata la del rápido descenso que causan esos "cajones". El viajero pierde en ellos mucho de la satisfacción del deporte aviatorio.

Mas, era necesario bajar, cumplir el programa de ver muy de cerca el imponente desfile. Y hacia los "cajones" volvíamos.

Iban lentamente los soldados. El ruido del motor no permitía oír las músicas marciales. Pero la imaginación suplía el defecto: con la marcha acompasada de los militares se "oía" con los ojos el doliente acompañamiento melódico. No era necesario percibir los sonidos: aquellos soldados llevaban un compás que sólo el ritmo podía producir.

Y pasaban, pasaban... Ahora era el corto pero impecable grupo de los marinos. Albos, con grata albura, marchaban también parsimoniosos, serenos, a los acordes de una banda no oída por nosotros.

La artillería, los jinetes, la policía, el armón con los preciosos restos, y la comitiva a pie y en automóviles. Todo claro, preciso, dentro de un marco de casas y avenidas mal arboladas, de azoteas desbordantes de público.

Y luego el cementerio. El recinto de los muertos es desde la altura un rectángulo riente, bien cuidado, amable. Vistos desde arriba y de cerca, los panteones y monumentos parecen moradas de vivos hechas con un poco más de arte que las habitaciones verdaderas de los que existen.

Sobre la comitiva lanzamos flores. El viento las llevaba caprichosamente. Pero caían entre los automóviles, o junto a los soldados y al público. Acaso en alguna azotea un crisantemo, un jazmín, una rosa o una gardenia fueron cuidadosamente recogidos por manos de mujer que hoy las guardarán como recuerdo inestimable.

Cerca del cementerio, en los alrededores del Vedado, en todos los sitios por los que debía pasar el entierro, que fueron recorridos por nosotros desde el espacio, una muchedumbre interminable, ávida de presenciar el desfile.

Cuando llegaba el armón al sitio eterno, fué lanzada una corona sobre el panteón de la familia del general Gómez, que cayó cerca de aquél y que seguramente fué recogida y puesta junto con las demás flores mandadas por familiares, amigos y admiradores del desaparecido.

Ya estaba cumplida la misión de los concejales. El Mariana volvió a su hangar, pasando nuevamente por la ciudad, por el mar, por el campo maravillosamente verde.

Al pisar la tierra firme, y aún mucho después, continuaba en la retina, la visión de la apoteosis al general Gómez, única tal vez en la historia de Cuba, resumen del afecto que por él sentían todos y de un sentimiento no expresado pero evidente de protesta por las arbitrariedades de los últimos años.

Los atentos directores y empleados de la Compañía Arérea Cubana obsequiaron con refrescos a los viajeros, que regresaron a la ciudad, en un tranvía vulgar, convencidos de la ya indiscutida seguridad de la aviación.

ENRIQUE GAY CALBO.

*Generaldo Chentay  
Junio 20/21*